

HISTORIA DE VARIAS GENERACIONES

SYLVIA MOSCOVITZ

SEPTIEMBRE DE 2008

Yo, Sylvia Moscovitz

Soy cantante aunque desde el año 1992 he dejado de cantar en público y me he dedicado a la enseñanza.

Me gradué en la Escuela Nacional de Rio de Janeiro, Brasil y luego estuve durante dos años, con una beca, estudiando bajo la dirección de Irene Joachim (nieta de Joseph Joaquim, violinista amigo de J. Brahms), en Paris.

En 1952 me casé con un joven colombiano que estudiaba Ciencias Políticas y Derecho y por eso vivo desde entonces en Bogotá, Colombia. Aquí, además de cantar en recitales en diferentes salas de concierto acompañada por piano y orquesta, he hecho varios programas de televisión para estimular el arte y la literatura en los niños.

Dina, mi hermana, me dijo que tu familia es de la misma región que la nuestra. Mi madre se llamaba Rosa Podval y nació en Besarabia (Britshon). Mi papá nació en un lugar en la zona de los montes Cárpatos, imperio austro-húngaro, y al principio escribía su nombre como Emil Mendel Shai Moscovits. Mis padres se conocieron muy jóvenes en Chernovitz o en Bucovenia. Se casaron y emigraron a Brasil en 1924. Tenían 17 y 19 años respectivamente.



Allá tuvieron tres hijos: Mauricio, Sylvia y Dina. En 1940, durante la Segunda Guerra Mundial, mi papá hizo viajar a Brasil a su hermano David Moskovic desde Preroi, Checoslovaquia, con su mujer y sus dos hijas, Myriam y Déborah.

Mis padres eran Moscovici. El mío es Moscovitz porque cuando tenía siete años un maestro me dijo que yo lo escribía mal y me enseñó esta forma.

Menciono algunos de los nombres de lugares que escuchaba de mis padres: Dorna Vatra, Chernovitz, Britshon, Marien Bade. Algunos nombres de la familia eran: Moskovits, Podval, Lachtermarchter, Farkas, Batushansky...

El principio

Allá afuera, iluminado por la luz de la luna y por el resplandor de la nieve blanca, está un niño. ¡Tiene hambre, tiene frío! Y con tristeza y suavidad pide a Dios un pedacito de pan y una cobijita para calentarse un poquito.

Siempre llevo conmigo el recuerdo de la dulce voz de mi madre contándome en ruso, a mí y a mis hermanos Dina y Mauricio, ese y muchos otros cuentos para hacerme dormir. Ella no cantaba pero contaba cuentos. La música llegaba por parte de mi padre a través de grabaciones que en esa época, mi lejana infancia, eran discos, no sé si de 45 o de 78 revoluciones.

Él hacía sonar valeses de Johan Strauss, obras del músico rumano Ionescu, cantos religiosos interpretados por maravillosas voces de tenores judíos que cantaban en los servicios religiosos de la sinagoga. El que más recuerdo se llamaba Rosemblat y los violinistas eran Yasha Jaifetz y Milman.

Mis padres emigraron muy jóvenes, recién casados, al Brasil y nos transmitieron esos cuentos y esa música para recordarnos sus orígenes. Adquirían y conocían el nuevo mundo y se adaptaban perfectamente pero no olvidaban la tradición de sus antepasados, su historia, su música, su comida. En fin, toda su tradición.

Todo eso me hace pensar que el tema que me fue sugerido, *historia de tres generaciones*, la tengo que ampliar a cuatro generaciones porque no puedo olvidar ni dejar de sentir todo lo que recibí y me hizo desarrollar en cuanto a conocimiento, cultura y sensibilidad que luego traté de transmitir a mis hijos, nietos y toda una cantidad de hijos y nietos de otras familias con los cuales he tenido la felicidad de compartir mi existencia, que empieza en Brasil, en donde nací.



Segunda etapa

Una aventura haber nacido en un país tan bello, en la ciudad que una canción brasileña dice: *Ciudad maravillosa, llena de encantos mil, ciudad maravillosa, corazón de mi Brasil*. Si, así es Río de Janeiro, que cuando yo nací era la capital del país. Ahí crecí, estudié, me gradué y canté mucho. Conseguí una beca para seguir mis estudios de canto en París.

Les cuento una pequeña anécdota de mi infancia: a los seis años, cuando estudiaba en la escuela pública, conocí al más importante músico brasileño, Heitor Villalobos quien, naturalmente en ese momento era para mí solamente un señor muy simpático que llegó a mi clase y nos enseñó a cantar unas pequeñas canciones. *Samba-le-lé, O cravo brigou con a rosa, Nesta rua tem un bosque, O moreno e meu, A gatinha parda, Pai Francisco entro na roda, Meu limao meu limoeiro...* ¡Cuántas canciones!

Jamás me imaginé que años más tarde, ya graduada en la Escuela Nacional de Música del Brasil y con una beca para seguir mis estudios en París, tendría el privilegio de conocer mejor al gran músico y, en un homenaje que le hicieron, cantar acompañada al piano por él.

Al día siguiente, almorzando, el maestro y su esposa Mindinha me hablaron sobre su música y sobre mi interpretación. Él me dijo: “No te preocupes, Sylvia, por la técnica. Eso fue un paso ya superado. Lo importante es utilizar el instrumento, en este caso la voz, para hacer música”. Jamás olvidé ese consejo y siempre traté de seguirlo mientras actué como cantante. Ahora trato de transmitirlo a mis discípulos.



Lo importante es hacer música, lo que significa respetar lo que fue escrito por el compositor de la obra. El intérprete es un intermediario entre el compositor y la audiencia, tal como hace un sacerdote cuando, después de decir las palabras del evangelio en la misa, termina diciendo *Palabra de Dios*.

Tercera etapa

En París, además de cantar, me casé con Gustavo Vasco, con quien he vivido durante sesenta años

Tuve tres hijos: Irene, Samuel y Mauricio. Irene fue llamada así en homenaje a mi maestra francesa y madrina de matrimonio en París. Irene escribe el *Moscovitz* igual que yo.

Mi hijo menor, Mauricio, fue registrado en Bogotá por mi suegra, quien escribió Moscovith en su registro de nacimiento. Mis primas, que llegaron a Brasil en 1940, escriben su apellido a la manera checa: Moscovicova.



*Dedo mindinho
seu vizinho
pai de todos
fura bolos
mata piolhos.
Cadé o tocino que estava
aquí?
O gato comeu.
Cadé o gato?
Fugiu pro mato.
Cadé o mato?
O fogo quemou.
Cadé o fogo?
A agua apagou.
Cadé a agua?
O boi bebeu.
Cadé o boi?
Está amasando o trigo.*

En este punto, la mamá, yo, hacía unas suaves cosquillas a los niños. A medida que mis hijos nacían, y lo sigo haciendo con mis bisnietos, los arrullaba con las rondas y juegos musicales de mi infancia:

tos y tantos otros juegos más tarde los utilicé en los programas de televisión para los niños que empecé a realizar en Colombia. Un día mi esposo Gustavo me dijo: “Sylvia: me gusta cuando cantas tus *lieders* y cuando haces conciertos. Pero, ¿no sería más divertido que en televisión usaras tu experiencia para divulgar el repertorio infantil para acercar a los niños a la música?

Él tenía razón. Ese era un campo poco utilizado en aquella época. Escribí un proyecto y lo presenté al director de programación, Marcos Tisbrocher, que creía mucho en mí, y lo aceptó. Y así nació mi primer programa, *Rondas y canciones*.



En este programa trabajábamos Hilde Adler, pianista y música extraordinaria, y yo. No había público en el estudio. Un día llegó al estudio un joven oficial de la policía, que hacía programas de a los niños en los parques de Bogotá, y entonces el teniente Gaitán quedó incorporado a *Rondas y canciones*.

A través de la correspondencia que nos llegaba, nos enteramos que el programa agradaba a los niños y también a los maestros que muchas veces pedían material para utilizarlo en sus regiones. A veces también nos enviaban material interesante que nos servía mucho. Todo esto acabó un día porque la Televisora Nacional se transformó en una entidad comercial.

Algunos años más tarde la programadora Caracol Televisión me pidió un proyecto para un programa infantil y así nació *Caracolito Mágico*.

Años después

Ese fue el punto de partida de la tercera generación porque mi hija Irene, que ahora es escritora, en esa época muy jovencita, me acompañaba siempre a los programas. Hacía las rondas con los pequeños, escribía los cuentos para los programas, los versos para las canciones. En fin, participaba de cuerpo y alma en *Caracolito Mágico*.

En ese programa, que era en vivo y en directo y no se grababa, había público que se ubicaba en unas bancas largas, como si fuera un circo, y aprendía canciones durante el programa. Utilizábamos tableros en donde representábamos valles, montañas, ríos, para mostrar a los niños las alturas de los sonidos que formaban la canción que iban a aprender. Era divertido y fácilmente la aprendían y entonaban.

El programa contaba con muchos colaboradores. Fanny Buitrago escribía guiones, Jaime Manzur llevaba sus marionetas, Hilda Pace enseñaba bailes, Raquel de Giraldo hacía las ilustraciones de los cuentos y las escenografías y una pianista iba conmigo los sábados a los estudios de Caracol Radio. Allí preparábamos a los niños que quisieran aprender las canciones de los programas semanales de *Caracolito Mágico*. Al comienzo la pianista era Clarita Correa. Luego llegó Amparo Ángel.

El programa estuvo al aire cerca de de un año y luego... ¡se acabó! Pasaron unos años, mi hija Irene fue creciendo, se casó, se fue a Venezuela y se volvió escritora.

Mientras tanto yo realizaba



otros proyectos. *Caracolito Mágico número dos*, *El taller del búho* y *La abuela Zaza*, en el que apareció por primera vez la cuarta generación: María del Sol, que había nacido en Maracaibo y que a los siete años llegó a vivir a Colombia.

María del Sol tenía ocho años cuando *El taller del búho* estaba al aire. Ella debutó como bailarina japonesa. En este programa había dos personajes principales. El búho era un maravilloso títere elaborado y manipulado por Carlos Bernardo González. Betty Rolando era una fantástica actriz uruguaya quien hacía parte del elenco del teatro La Candelaria, bajo la dirección de Santiago García.



Betty representaba a un personaje muy interesante. Era *Canela Rodante*, una cartero que servía como vínculo entre el sabio búho y el resto de animales y niños. A veces *Canela Rodante*, atribulada por algún problema, lo consultaba con el búho y éste, que sabía de todo, le respondía a través de un lenguaje que recordaba la manera de expresarse de la Esfinge de Delfos.

Colaboraban también en ese proyecto varios escritores como Manuel Zapata Olivella, Beatriz Caballero y Clarisa Ruiz. La escenografía e ilustración estaban a cargo de Raquel de Giraldo y el músico uruguayo Horacio Lapiduz componía las canciones originales para el programa.

A veces nos colaboraban artistas de la categoría de Leonor González Mina, “*la negra grande de Colombia*”, como protagonistas de alguno de los cuentos. Naturalmente contábamos también con niños muy talentosos como María del Sol e Hitayosara Ojeda. Ellos, además de actuar, cantaban y bailaban.



No era fácil grabar cuatro programas en un espacio demasiado pequeño y con guiones bien complicados pero nos divertía y la verdad es que nos demandaba mucha imaginación y creatividad.

Pero un día la programadora TV CINE se acabó y *El Taller del Búho* también.

Años más tarde finalmente apareció *La Abuela Zaza*. En este proyecto se mostraba a toda una familia, una pareja con tres hijos: un bebé de 10 meses, un niño de ocho años y una niña de diez años, personificada por María del Sol, mi nieta. El papá era un veterinario para justificar historias con animales. La mamá era una secretaria bilingüe. Una joven ayudaba en los oficios domésticos y en la veterinaria además de seguir el bachillerato por radio mientras cocinaba. ¡Qué muchacha!

¿Y la abuela Zaza? Esa era yo misma, una señora que sabía un poquito de muchas cosas pero que siempre quería saber otro poquito de muchas otras cosas. Del cuarto de Zaza a veces salían luces u otras manifestaciones inesperadas y misteriosas, producto de algún nuevo experimento de Zaza.

Además del elenco de actores que representaba la familia, había otro grupo que actuaba. Eran los personajes de los cuentos fantásticos que Zaza contaba a sus nietos. Me gustaba mucho ese programa pero duró poco... Y colorín, colorado, ese cuento se ha acabado. Lo que restó de ese programa fue un guión para cine que escribimos entre Manolo Nieto, Carmiña López y yo, guionistas de *La Abuela Zaza*.

Entre tanto, algunos momentos que viví y personas con las que compartí mi trabajo permanecen en mi memoria. A todos, y espero no olvidar a ninguno, mi profundo agradecimiento. Entre ellos, Otto de Greiff, Arturo Abella, Eduardo Ramírez Villamizar, Marta Traba, Marcos Tichbrocher, Julio Echeverry, Bernardo Romero Lozano, Luiz María, Hilde Adler, Maestro Olav Roots, Luis Antonio Escobar, Matilde Díaz, Leonor González Mina, Fanny Mickey, Joaquín Piñeros Corpas, Jairo Ojeda, Ignacio de Narváez y su esposa Lucía, Betty Rolando, Rafael Puyana, Fanny Buitrago, Carmiña Gallo, Clarita Correa, Marina Tafur, Amparo Ángel y tantos otros que de una u otra forma colaboraron conmigo en programas de radio, televisión, conciertos, recitales, óperas, etc.

No puedo dejar de mencionar a mi hermana Dina Moscovici, quien algunas veces me reemplazó en el *Caracolito Mágico* e hizo el montaje de *Bastián y Bastiana*, la ópera que Mozart compuso cuando tenía doce años.



Sobre las óperas para niños quiero contar lo siguiente. Ustedes conocen un cuento de Andersen que narra las aventuras de un joven príncipe que encuentra, en un bosque a una muchacha que está perdida, con mucho frío y hambre. La muchacha le dice al príncipe que en realidad ella es una princesa. El príncipe se enamora de la “supuesta princesa” y la lleva a su palacio, se quiere casar con ella pero su padre, en ese caso su madre, pone como condición para que se efectúe el matrimonio que se compruebe que la joven en verdad es una princesa. Entonces viene la prueba: poner debajo de muchos colchones una pequeña alverja. Si se trata de una mentira, la joven debe dormir dulcemente toda la noche. Pero si es una princesa de verdad no podrá dormir en toda la noche. Sobre ese cuento de Andersen, el músico colombiano Luis Antonio Escobar compuso una bella ópera, *La princesa y la arveja* y en ella yo era ¡la reina! También fui la campesina Bastiana, enamorada del campesino Bastián, en la ópera de Mozart, *Bastián y Bastiana*.

El vínculo entre música y literatura era muy fuerte en estas creaciones. Los diálogos, los personajes, las estructuras, llegaban desde la literatura. Este vínculo fue importante también

a la hora de producir en 1968 un disco, en esa época en acetato, para la emisora HJCK: *Los poetas y los músicos escriben para los niños*. En este disco incluí textos de Federico García Lorca, de Gabriela Mistral y de otros poetas iberoamericanos, musicalizados con melodías fáciles para los niños, pues consideraba que las palabras poéticas y la música no podían separarse.

Como habrán notado, me gustaba inmensamente contar historias y lo he podido hacer con muchas canciones que interpreté, como por ejemplo *Vida y amor de una mujer* de Robert Schuman o las canciones infantiles de Modesto Moussorsky, compositor ruso, en las cuales una niña pide a su mamá que le cuente cuentos de hadas, princesas, príncipes, dragones y brujas.

Y que tal la historia de la pequeña trucha que termina atrapada por el malvado pescador en la canción *La trucha* de Franz Schubert o la canción del mismo compositor, *Margarita con la Rueda*.

También narra el cuento de varios animalitos el compositor francés Francis Poulenc en su obra *El Bestiario*. Maurice Ravel recrea en *Sherezade* los cuentos fantásticos de *Las mil y una noches*.

Los que siguen

Casi todos mis nietos, Rafael, María del Sol, Juanita, Gustavo y Gabriel son artistas. Uno solo, Santiago, es científico, con mucho talento musical. Ahora que tengo cinco bisnietos espero que ellos sean la quinta generación, que reciban de sus papás una semilla mejorada, fortalecida, aquella que recibí de un par de jóvenes emigrantes judío-europeos que un día ya muy lejano, en los años 30 del siglo XX, llegaron al Brasil, parte del nuevo mundo americano.

SYLVIA MOSCOVITZ

RESUMEN DE SU VIDA ARTÍSTICA



A partir de 1955: Cantante en programas para adultos como Noches de Gala, dirigido por Otto Greiffestein. Historias sobre compositores con recitales de canto acompañados al piano por Hilde Adler (una vez a la semana). Sylvia hacía la investigación, escribía los guiones, escogía el repertorio y lo interpretaba.

1964-1965: **RONDAS Y CANCIONES** – Programa para niños en vivo, en los estudios de la Televisora Nacional que aún no era comercial, con intensidad de tres veces a la semana. Niños de colegios eran invitados a presentar sus coros o sus habilidades musicales. Sylvia escribía los guiones, animaba el programa, inventaba cuentos y canciones. Colaboraban Hilde Adler al piano y un policía comunitario que se involucró de manera voluntaria. Este programa duró aproximadamente un año en el aire.

1967: **CARACOLITO MÁGICO, PRIMERA ETAPA** - Programa para niños en vivo, en los estudios de la Televisora Nacional, producido por Caracol, con intensidad de dos veces a la semana. Niños espontáneos podían participar en el programa (incluso gaminos vecinos de los estudios entraban, Sylvia los peinaba y los acomodaba para que cantaran y participaran en los juegos y rondas). Había títeres del grupo de Jaime Manzur. La escenografía era de la artista Teresa Tejada, la coreografía era de la bailarina Hilda Pace, la guionista era la escritora Fanny Buitrago y la música era de Ignacio de Narváez. Colaboraban ocasionalmente Esteban Cabezas, Manuel Zapata Olivella, Leonor González Mina y su hijo Candelario. Para ilustrar los recitales de los niños invitados, se escribía un

cuento relativo al instrumento interpretado. Cuentos de grandes autores, como Oscar Wilde, se adaptaban y se componían canciones para acompañarlos. Este programa duró aproximadamente un año en el aire.

1973: **CARACOLITO MÁGICO, SEGUNDA ETAPA:** Programa para niños en vivo, en los estudios de la Televisora Nacional, producido por Caracol, con intensidad de dos veces a la semana. Música de Juan Carrillo, escenografía de Raquel de Giraldo. Duró muy poco tiempo en el aire.

1981-1982: **EL TALLER DEL BÚHO:** Programa para niños producido por Colombiana de Televisión. Grabado en estudio con intensidad de una vez por semana. Distintos guionistas escribían, dirigidos por Sylvia. Entre ellos, Betty Rolando, Clarisa Ruiz, Jairo Ojeda y Beatriz Caballero. Los actores principales eran Betty Rolando y Carlos Bernardo González. El personaje de Betty era el de una repartidora de cartas que iba y venía entre el mundo humano y el mundo animal del bosque. Carlos Bernardo era el titiritero que manipulaba al personaje del Búho sabio, que interactuaba con la cartera para resolver problemas de los dos mundos. Otros actores, como Hitayosara Ojada, William Mesa y María del Sol, aparecían ocasionalmente. La música era compuesta por Horacio Lapiduz y Josefina Severino. La escenografía era de Raquel de Giraldo. Sylvia no aparecía en el aire. De este programa hay grabaciones domésticas. Tuvo una duración de diez meses en el aire.

1987: **LA ABUELA ZAZA:** Programa para niños producido por RTI, con intensidad de una vez a la semana. Sylvia personificaba a una abuela, medio hada, medio bruja, que vivía con su hija, su yerno, tres nietos y una empleada. Los guiones eran escritos en conjunto por Carmiña López, Manolo Nieto, Clarisa Ruiz y Sylvia. Los actores eran William Mesa (el padre), Ana María Martín (la madre), María del Sol (hija mayor, 10 años), David Figueredo (hijo intermedio, 7 años) y un grupo que actuaba ocasionalmente compuesto por Rosario Jaramillo, Santiago Moure y Alberto Valdiri, entre otros. La música era compuesta por Jorge Veloza. La escenografía era de Raquel de Giraldo. De este programa hay grabaciones domésticas. Tuvo una duración de cuatro meses en el aire.

1987: **NICANOR EL CAMINANTE:** Episodio piloto para la programadora Ospina. Sólo se grabó un capítulo con la actriz María Eugenia Dávila.

En el año 1968 grabó el disco **LOS POETAS Y LOS MÚSICOS ESCRIBIERON PARA LOS NIÑOS** para la colección infantil de la emisora HJCK. Poemas de Federico García Lorca, Gabriela Mistral y otros escritores iberoamericanos fueron musicalizados y armonizados para niños. Canciones populares europeas y villancicos del Pacífico colombiano están incluidas en esta selección que se acompaña de un cuaderno con todos los poemas e ilustraciones de Teresa Tejada.

Mientras hacía programas para niños, Sylvia seguía realizando conciertos como cantante, acompañada por distintas pianistas, entre ellas, Clarita Correa de





Restrepo, por la Orquesta Sinfónica de Colombia y por la Orquesta Filarmónica de Bogotá.

Cantó en distintas ocasiones en el Teatro Colón, en la Sala de Música de la Biblioteca Luis Ángel Arango, en el auditorio del Museo Nacional y en el del Museo de Arte Colonial. Recorrió además salas de concierto en Venezuela y en Panamá.

Participó en el montaje de dos óperas para niños: una compuesta por el colombiano Luis Antonio Escobar (1958), *La princesa y la arveja*, con

escenografía de David Manzur; otra de Mozart (1972), *Bastián y Bastiana*.

Fue miembro de la organización Juventudes Musicales durante muchos años. Desde esta institución, promovió conciertos didácticos que recorrieron distintas ciudades del país, llegando hasta Panamá, junto a la Orquesta Filarmónica de Bogotá, Leonor González Mina, el pianista venezolano Arnaldo García y el compositor colombiano Jairo Ojeda, entre otros.

Casi desde su llegada a Colombia, en 1952, se ha dedicado a la pedagogía del canto. Fue profesora en el Conservatorio de Música de la Universidad Nacional y en su casa sigue enseñando técnica vocal a cientos de jóvenes artistas. Por sus clases ha pasado incluso Shakira, quien dice en declaraciones que “su única maestra ha sido la rusa Sylvia Moscovitz”.

Su nieta María del Sol sigue actualmente sus pasos: tiene un grupo musical llamado Cantaclaro con producciones discográficas y recitales para niños, como *Sana que sana* y *¡Con... cierto animal!* muy acogidos por el público nacional e internacional.

En la edición de marzo del 2012, la revista Credencial le dedicó la carátula y un bello artículo sobre su vida y obra:

<http://www.revistacredencial.com/credencial/content/sylvia-moscovitz-un-alma-musical>